

## MONASTERIOS DEL LEJANO ORIENTE

A mediados de 2009 pasé tres meses en distintos países asiáticos, quedándome en varios monasterios. Logré captar así algo de lo que es el mundo monástico en países como Corea, Indonesia y China, aunque mucho menos en este último caso. Había visitado estos países antes, además de Japón y Filipinas, pero esta vez pude hacerlo con mucho más tiempo disponible y con la posibilidad de hablar con más personas, especialmente con los miembros autóctonos de las casas visitadas. El resultado fue una profundización bastante mayor en lo que el Espíritu de Dios va realizando en estas comunidades. Puesto que se trata de algo poco conocido en nuestros países latinoamericanos, aquí van los rasgos generales de lo que descubrí, siguiendo los pasos generales de mi viaje.

Al darse cuenta de que yo estaba libre del servicio activo de abad, varias comunidades de monjas trapenses me habían pedido ser su capellán, al menos por un cierto tiempo. Cuando presenté a mi abad, el Padre Bernardo, estos pedidos, quedamos en aceptar ir al monasterio de Gedono, en Indonesia, por los meses de mayo, junio y julio del 2009. El viaje se extendió para hacer, al comienzo, una visita pastoral –lo que los cistercienses llamamos una “Visita regular”– a la comunidad femenina de Suyón, cerca de la ciudad portuaria de Pusán, en Corea del Sur. Al final del viaje pude visitar también los dos monasterios cerca de Hong Kong, en China: Lantao, de monjes, y Macau (escrita así –en lugar de “Macao”– por los que viven allí), de monjas.

### 1. Corea del Sur

La vida monástica es muy antigua en Corea, con monasterios

<sup>1</sup> Abad emérito y monje de la Abadía Nuestra Señora de los Ángeles de Azul (Bs. As.), Argentina.



budistas de antes del siglo XII y que son todavía florecientes. Algunos tienen su propia tradición del budismo zen, que tiende a ser más ascética y a la vez más comunitaria que la tradición japonesa. Monjes benedictinos alemanes llegaron al país hace más de cien años y fundaron un monasterio en Seúl, que se trasladó en 1927 a Tocuón, en lo que es ahora Corea del Norte, pero todo fue destruido al llegar al poder los comunistas en 1945.

En los años siguientes, muchos monjes, tanto coreanos como alemanes, murieron en campos de concentración, pero algunos lograron escapar al sur, no lejos de Pusán, donde fundaron –con la ayuda también de monjes que habían escapado de un monasterio en el norte de China, destruida por los comunistas– lo que es ahora la abadía de Wegwán. Esta última comunidad es ahora una abadía pujante, con más de cien monjes, un elemento importante de la Congregación de Santa Otilia. Tiene a su cargo catorce parroquias, dos leprosarios y un colegio secundario con más de 3000 alumnos. Desde los comienzos de la fundación trapense en Suyón, en el año 1987, los monjes de Wegwán han brindado con mucha generosidad los servicios de capellán y de confesor, puesto que las dos comunidades se encuentran en la misma región del país.

Más recientemente han crecido casi explosivamente varias comunidades de monjas benedictinas de las Congregaciones Olivetana y de Tutzing, las cuales han tenido una experiencia paralela a la de sus hermanos. La comunidad de Daegú, también cerca de Pusán, tiene más de doscientas hermanas.

Aunque la finalidad de mi visita a Suyón fue ayudar al sano desarrollo de la comunidad, especialmente en cuanto a su unidad en torno al superior, que es la finalidad de toda visita pastoral, la presente visita se centró en una situación bien concreta en los entornos del monasterio. En efecto, la situación comenzaba a hacerse dramática, debido a la inminente construcción, a menos de un kilómetro del monasterio, de un inmenso astillero naval, dado que el monasterio está ubicado muy cerca de una de las muchas pequeñas y profundas bahías de la costa sur de Corea. Hasta hace un par de años, había sólo la aldea pacífica de pescadores, que daba su nombre al monasterio. Pero una de las principales empresas multinacionales constructoras de barcos comerciales se había interesado en esta pequeña bahía para poder agrandar su dominio entre los países asiáticos. La parte peor fue que la empresa había conseguido el apoyo del gobierno local y del provincial, por la razón de que su instalación implicaría nuevas oportunidades de empleo y de negocios para las ciudades vecinas.

Frente a dicha situación, las hermanas se enfrentaban con una alternativa que desafiaría a cualquiera: o *rendirse* a la situación, aceptar una cierta indemnización e irse a otra parte del país –lo que no sería tan fácil en un país ya muy poblado como es Corea del Sur– o *resistir*, oponerse a la empresa y al gobierno provincial, apelando al gobierno nacional en nombre de los derechos de las familias de pescadores y los serios daños ecológicos que siempre resultan de una fábrica moderna de esta índole. Después de meses de consulta y de diálogos comunitarios, las hermanas habían decidido por votación –que no fue unánime– adoptar esta última orientación. Se habían inspirado especialmente en el testimonio algo parecido de los hermanos trapenses de Tibhirine en Argelia, que habían optado por quedarse en su monasterio y unirse a la suerte de sus amigos vecinos musulmanes, a pesar de la posibilidad –que finalmente se concretó– de ser tomados como rehenes y matados por los extremistas. En el caso de Corea, los vecinos no son musulmanes sino principalmente budistas sencillos y de relativamente poca formación, mezclados con algunas familias católicas y protestantes.

Cuando llegué para la visita pastoral, vi que la empresa había comprado ya el terreno necesario y había comenzado las construcciones preliminares. Al mismo tiempo, las hermanas –28 coreanas y dos japonesas– estaban ya en comunión activa con las familias vecinas, para presionar juntas a las autoridades civiles contra el desarrollo del astillero. Se había formado un equipo de tres hermanas profesas solemnes, quienes coordinaban, en diálogo constante con la Madre Priora Josefa, las actividades contestatarias, puesto que las familias de los pescadores no sabían cómo proceder. Las hermanas se asesoraban con la comisión diocesana de paz y justicia, aunque el obispo local parecía dar su apoyo más bien a los planes desarrollistas del gobierno local. En esta situación cada vez más conflictiva, algunas hermanas habían ido a Seúl, para manifestar personalmente frente al Congreso, lo que llegó en seguida al conocimiento de todo el país. El problema pastoral del momento era cómo integrar mejor esta intensa actividad sociopolítica con la vida contemplativa del monasterio y, sobre todo, con la necesaria formación monástica de las diez hermanas más jóvenes.

Debido a mi ignorancia total de las sutilezas de la política coreana, no les di a las hermanas ningún consejo en ese sentido, sino que traté de fortalecerlas en la dimensión más espiritual de su vocación, animándolas también a seguir trabajando con sus asesores eclesiales, especialmente para evitar un enfrentamiento abierto con su propio obispo, quien acababa de construir, con la ayuda de las autoridades civiles y –se decía–

de la empresa del futuro astillero, un hermoso centro de reuniones y retiros. Señalé a la madre superiora que sería prudente y realista comenzar a reflexionar sobre el eventual traslado de la comunidad o por lo menos sobre la posibilidad de encontrar un contexto más favorable para la formación de las jóvenes. Todo mi trabajo en estos días se realizaba a través de un buen intérprete, un sacerdote salesiano norteamericano que vive en el país desde hace más de 20 años.

Así estaban las cosas al concluir mi vista pastoral. Desde entonces, la situación de las hermanas ha evolucionado en forma a la vez positiva y sorprendente. Poco tiempo después de mi salida, los vecinos más favorables a la construcción del nuevo astillero, que no eran pescadores sino pequeños negociantes y terratenientes, organizaron una demostración permanente frente a la puerta del monasterio, usando altoparlantes para convencer a las hermanas de que salieran de allí. Pero he aquí que varios miembros del equipo organizador de dicha demostración cayeron gravemente enfermos o perdieron a un ser querido. Parecía como una maldición desde el cielo y desistieron en su oposición a las hermanas.

Muy poco tiempo después, las hermanas recibieron la noticia de que la liga nacional de defensa de los recursos naturales había otorgado a la comunidad trapense de Suyón su premio anual por su testimonio ecológico y social. La Madre superiora consultó a las hermanas si debían aceptar o no el premio y decidieron finalmente recibirlo por el bien de las familias vecinas. Y con respecto a la empresa constructora, se ha visto la necesidad de repensar todo en vista de la crisis económica internacional, que ha frenado casi por completo la inversión en nuevos barcos comerciales.

## 2. Indonesia

Desde Corea me dirigí a Indonesia, un viaje como de México a la Argentina, con conexión en Hong Kong. La isla de Java, donde se ubican Gedono, de monjas trapenses, y Rawaseneng, de monjes, es la isla central y más poblada de este país constituido por centenares de islas, con una extensión total de más de 5000 km, desde Sumatra hasta Nueva Guinea. Rawaseneng hizo en 1996 una fundación en la isla de Flores, la única predominantemente cristiana y católica. Es ahora priorato autónomo. Todos los miembros de estas dos casas masculinas son indonesios, mientras que Gedono, fundada por Vitorchiano en 1987 y abadía autónoma desde el año 2000, tiene como abadesa a la misma superiora fundadora, la Madre Marta Driscoll, de origen norteamericano, que entró en la vida monásti-

ca en Italia, en la comunidad de Vitorchiano, y ahora no tiene más que la ciudadanía indonesia. Gedono, a su vez, acaba de realizar su primera fundación, enviando a cuatro hermanas a Macau, entre ellas, una de las dos fundadoras italianas. La otra se queda en Gedono.

Indonesia no goza de ningún monasterio que pertenezca a la confederación benedictina. La razón de esta ausencia parece ser doble: el hecho de que Indonesia, que en tiempos coloniales eran las Indias Orientales Holandesas, es un país claramente musulmán, y las dificultades que han tenido los monasterios holandeses en cualquier proyecto reciente de fundación. Los trapenses de Rawaseneng llegaron al país desde el monasterio de Tilburg, en el sur de los Países Bajos, en el 1953, momento de muchas vocaciones religiosas en todos los países del Atlántico Norte. Luego fue el primer abad indonés, Dom Frans Harjawiyata, quien preparó personalmente al primer grupo de jóvenes indonesias para participar en la fundación de Gedono, hecha por Vitorchiano. Preparación que dio pronto sus frutos en el rápido crecimiento de la comunidad. Los dos monasterios están separados por un viaje de dos o tres horas sobre caminos montañosos, Gedono a mil metros de altura y Rawaseneng a quinientos.

Al llegar a Gedono en mayo de 2009, encontré una comunidad de más de 35 hermanas, todas indonesias menos las tres fundadoras extranjeras. El monasterio está ubicado sólo 500 kms. al sur del ecuador, pero la altura de mil metros hace que las noches sean frescas y el clima agradable. Los edificios se distribuyen, uno por uno, en diferentes niveles de la pendiente de una montaña, vinculados por una red de senderos y escaleras que suben desde la portería y la playa de estacionamiento de coches. Luego vienen la hospedería, la capellanía y la iglesia. Subiendo aún más, se encuentran el campanario, la cocina y el comedor, los dormitorios con la enfermería y finalmente, en lo más alto, los talleres y lugares de trabajo. La diferencia de altura entre la portería y los talleres es de unos 80 metros.

Fue mi cuarta visita a la comunidad, habiendo realizado ya tres visitas pastorales entre los años 1989 y 2002. Por eso, sabía que la comunidad había pasado por años difíciles, primero en su adaptación a una cultura tan distinta de la europea, y después cuando había una fuerte tensión en el país entre la mayoría musulmana autóctona y la minoría de descendencia china, más bien budista o cristiana, sean estos últimos católicos o protestantes. Gracias al liderazgo sabio y firme de la abadesa, las hermanas —que venían casi igualmente de familias autóctonas y chinas— se uni-

ficaron en base a su fe católica y su espiritualidad cisterciense, para seguir creciendo mejor que nunca.

Vocaciones no faltan en Indonesia, donde las familias, tanto las musulmanas como las cristianas, son todavía numerosas. La fe de los católicos es fuerte y lúcida, lo que es necesario para resistir la cultura dominante y agresiva de otra religión. Aunque los católicos representan menos de 2% de la población total, llegan a ser más de cinco millones de fieles relativamente fervorosos. Puede ser, como algunos me dijeron, que el número verdadero de católicos es mayor de lo que dicen los estadísticos y esto se guarda en secreto tanto por el gobierno, como por la Iglesia, para evitar una persecución más violenta de parte de los musulmanes extremistas. La falta de plena libertad religiosa es verdadera, pero varía de una parte del país a otra y de una isla a otra, según las circunstancias locales. En algunas provincias, por ejemplo, ni siquiera se permite tener ningún crucifijo o signo cristiano sobre la pared de la propia casa. En estos lugares no hay parroquias y los sacerdotes van de pueblo en pueblo, celebrando misa clandestinamente en las casas particulares. Me contaron que en estos lugares, los padres de familia se levantan muchas veces a medianoche, a fin de rezar juntos con todos los hijos, para acostarse de nuevo hasta el amanecer. ¡Sería una buena preparación para la vida de monje o monja cartuja! De tales familias pueden provenir resultados muy interesantes.

En Java central, entre las ciudades de Yogyakarta y Semarang, la persecución religiosa es menos evidente. La ciudad de Salatiga, cerca de Gedono, tiene varias parroquias con escuelas y un centro importante para retiros y reuniones a escala nacional. Sin embargo, casi todas las mezquitas utilizan altoparlantes poderosos para llamar a la oración o difundir a todo pulmón algún discurso religioso en el momento cuando los católicos se congregan en sus iglesias. Esto se nota incluso en los monasterios, aunque más en Rawaseneng, que está más cerca del pueblo. Dom Christian de Chergé, superior de la comunidad de Tibhirine en Algeria, resolvía este problema, que es común en los países musulmanes, uniendo su propia oración con la de sus hermanos del Islam en un único sacrificio de alabanza a su común Creador y Redentor.

Las numerosas vocaciones sacerdotales en las últimas décadas significan que más seminaristas indonesios puedan hacer sus estudios en Roma, con el resultado de que van reemplazando en las parroquias a los religiosos. Las congregaciones religiosas más fuertes en el país, según lo que me comentaron algunas hermanas, son los jesuitas con sus colegios y universidades, y los franciscanos con sus parroquias y misiones en regiones de

otra manera abandonadas. La presencia de los monasterios de Rawaseneng y de Gedono en el centro geográfico de la isla más poblada ha representado una dimensión especialmente significativa para la Iglesia en el país.

Las hermanas me explicaron que la cultura original de las islas fue hindú, venida desde la India antes de la expansión del budismo en los siglos inmediatamente previos a Cristo. Existen todavía las ruinas de varios antiguos templos hindúes de aquella época. Durante los primeros siglos de la era cristiana, la espiritualidad budista se hizo fuerte, coexistiendo con la hindú. Incluso el templo budista más grande del mundo de aquel entonces, construido en el siglo IX, estaba en la isla de Java: Borobudur, entre nuestros dos monasterios. Está bien preservado, una pirámide de unos 50 metros en cada lado, que sube a esa misma altura con sucesivas galerías al aire libre con escenas de la mitología budista esculpidas a bajo relieve en los enormes bloques de piedra utilizados en la construcción, todo para simbolizar sacramentalmente la subida espiritual del peregrino desde la tierra hacia el nirvana. La Madre Marta me señaló que los templos budistas más clásicos son así, no para congregar y acoger adentro a los devotos, sino para ser visitados exteriormente por individuos aislados, puesto que lo interior es individual, no colectivo, y el viaje espiritual budista también.

La coexistencia pacífica del hinduismo y del budismo cambió con la entrada de los musulmanes a partir del siglo X. Sin embargo, la versión sufista del islam, caracterizada por un espíritu tolerante, pacífico y de mayor cultivo de la vida interior, llegó a prevalecer, favorecida quizá por el previo contexto budista. Este espíritu de mayor tolerancia religiosa existe todavía y es parte esencial de la cultura del país, aunque la secta sufi no es aceptada por el mundo musulmán actual. Su espíritu tolerante, pacífico y promotor de una actitud respetuosa y meditativa, se ve seriamente comprometido ahora por la llegada reciente desde Arabia Saudita del fundamentalismo wahabi, extremista y violento no sólo contra los cristianos sino también contra otras tradiciones musulmanes, que les parecen relajadas. Pude hablar brevemente con algunos musulmanes y sentí en seguida la presencia de ambas tendencias, la tolerante y la intolerante, lo que explica ciertas decisiones ambiguas del gobierno, ansioso como está de mantener la apariencia de paz y de orden.

Las hermanas indonesas provienen de contextos diversos, algunas de familias católicas, otras del protestantismo o de ninguna tradición religiosa claramente definida. Hay algunas cuyos padres –uno u otra o los dos– son musulmanes. Estos padres aceptan generalmente la conversión

de su hija, que se debe con frecuencia al colegio católico al que fue enviada por los padres. El mérito de los monasterios indonesios, y de la Iglesia entera en el país, es el afán de dar una formación en profundidad sobre las realidades de la fe, para formar en la verdad la conciencia personal por encima de las presiones sociales y como fuerza espiritual unitiva de las diferencias sociales y familiares. Quizá por esta razón, se me pidió dar a las hermanas varias series de charlas o clases sobre temas como el Espíritu Santo, la historia y la espiritualidad monásticas, y la teología espiritual en general, todo en inglés con la ayuda de varias hermanas buenas intérpretes, entre ellas la abadesa.

Hay dos experiencias de la liturgia en Gedono que me han quedado grabadas en la memoria. La primera se refiere a las misas dominicales en la capilla de Gedono, la que se llena de gente incluso 20 minutos antes del comienzo de la misa. Se nota que provienen de todos los niveles sociales y de todas las edades. Igual que en Japón y Corea, el gesto de la paz en Indonesia es una inclinación relativamente profunda al vecino, pero con menos solemnidad y más cordialidad, más sencillez, que en los países del norte, porque los indonesios son menos formales y más comunicativos. De un total de 120 visitantes asistentes a la misa, 20 ó 30 tienen menos de 30 años de edad y siempre hay por lo menos diez chicos, chicas y bebés, quienes, al final de la Comunión, porque no han hecho la Primera Comunión, vienen adelante –o son llevados en brazos– para recibir, uno tras otro, la bendición del sacerdote. Me dicen que esta costumbre, que evoca con mucha ternura a Jesús invitando a los niños a venir a él, se realiza en todas las parroquias del país, como también en las de China.

Cada domingo viene un sacerdote de la diócesis o de alguna comunidad religiosa vecina, para presidir la misa dominical y predicar. Aunque no entendí casi nada, capté que las homilias se habían preparado bien, el estilo general era directo y personal, y los asistentes prestaban mucha atención. El canto es parte de la formación cultural indonesia, de tal manera que los fieles cantan junto con las hermanas. Además, la lengua del país, como el italiano, se presta al canto debido a las vocales muy abiertas. En ese sentido, hay dos tipos de música en la liturgia parroquial y monástica: la occidental a base de siete u ocho tonos –do, re, mi, fa, etc.– y la indígena indonesia con cinco tonos, que es difícil describir. No es ni la música japonesa ni la china, sino más bien la tonalidad seductiva de las islas del Pacífico Sur y de las famosas danzas ceremoniosas de la isla de Bali, con un uso frecuente de medio tonos y de lo que llamamos una “quinta remisa”, que choca al comienzo pero luego convence y seduce.

Además de algunos cantos litúrgicos con dicha tonalidad, cantos



usados especialmente en las misas dominicales, las hermanas de Gedono han podido embellecer su liturgia con el acompañamiento de un equipo de tres xilófonos indonesios. Su uso en el canto de Completas cada sábado y domingo es el segundo elemento litúrgico que vale la pena describir. Estos instrumentos musicales se constituyen de una batería de gongs, calderos o cuencos metálicos muy sonoros, calibrados según la escala de cinco tonos, suspendidos por debajo del armazón del xilófono, que se tocan con una bola cubierta de lana, fija en el extremo de un palo, un palo en cada mano.

Las hermanas cantan el oficio de Completas cada sábado y domingo –incluso el *Salve Regina* adaptado al indonesio– con este acompañamiento, los xilófonos tocados por hermanas especialmente preparadas y todas las luces apagadas. Un extranjero con los ojos cerrados podría pensar que está recostado sobre la playa arenosa de una isla del Pacífico Sur, a la sombra de una palmera, escuchando un baile indígena, porque hay algo casi hipnótico en el tranquilo ritmo armónico que emana de los tres instrumentos. El canto del *Salve*, frente a la estatua de la Virgen con su Niño, es especialmente conmovedor, quizá por realizarse de esta manera sólo dos veces por semana. Los fieles indonesios vienen de lejos para escuchar estos cantos cristianos en su propia tradición musical, lo cual representa un éxito notable –y no fácil– de inculturación litúrgica.

Otra adaptación a la cultura del país, quizá más importante que las litúrgicas, se realiza a nivel más interior. Las Constituciones trapenses dejan a cada comunidad mucha libertad en cuanto a la oración personal. Subrayan la importancia de la *Liturgia de las Horas* como escuela de oración continua y dicen que “los monjes se aplican frecuentemente a la oración con ardiente deseo y espíritu de compunción”, pero dejan que “la abadesa facilite prudentemente el tiempo que las hermanas dedican diariamente a la *lectio divina* y a la oración” (nº 22). Por eso, la comunidad ha decidido tener dos momentos diarios, de media hora cada uno, en los que todas las hermanas rezan juntas en silencio en la iglesia. Esto se realiza al final de Vigilias cada madrugada y después de Vísperas cada tarde, el domingo con el Santísimo expuesto. Me llevó más de una semana acostumbrarme a este ritmo más contemplativo de oración en comunidad, pero lo encontré muy provechoso y debe ser un factor importante que explica el crecimiento sano del grupo.

### 3. China

Las primeras fundadoras de la nueva comunidad en Macau salie-

ron de Gedono quince días después de mi llegada a Indonesia y pude visitarlas al comienzo de mi viaje de regreso a la Argentina en los primeros días de agosto. El territorio de esta antigua colonia portuguesa consta de tres islas relativamente pequeñas al sur de la ciudad de Hong Kong, antigua colonia inglesa. Entre Macau y Hong Kong se ubica la isla más grande de Lantao, donde está el monasterio de monjes. Sobre la misma isla de Lantao está, a partir del año 1998, el gran aeropuerto moderno de Hong Kong y más recientemente aún la primera Disneylandia china.

Conviví tres días con las hermanas de Macau, pasando las noches en la residencia vecina de las Misioneras Franciscanas de María. Las cuatro trapenses vivían —y viven todavía— en la antigua residencia del obispo de Macau, ubicada en la cima de una colina que tiene una vista magnífica de la ciudad, del puerto, de las otras dos islas del territorio y de algunos edificios al otro lado del angosto estrecho de 200 metros que separa Macau de China continental. Los dos rasgos más típicos de esta ciudad de medio millón de habitantes es, primero, ser católica, por haber sido durante siglos una floreciente colonia portuguesa, en contraste con Hong Kong que es de tradición inglesa y anglicana. La catedral católica, junto con la residencia actual del obispo, está en uno de los puntos más altos y sobresalientes de todo el territorio. De hecho, todos los letreros públicos están en las dos lenguas oficiales: el chino mandarín y el portugués. En los comercios, sin embargo, se habla mucho más el chino cantonés, del sur, y el inglés.

El otro rasgo característico de Macau son los grandes casinos, que son muy frecuentados por los nuevos comerciantes ricos de toda Asia, especialmente —y cada vez más— de la China continental. Son la industria principal del territorio y los impuestos a sus ganancias constituyen la riqueza principal —y más que suficiente— del territorio. Son al mismo tiempo su principal problema moral y los católicos se enfrentan continuamente con el dilema de cuánto deben colaborar en la vida de dichos casinos, a pesar de los sueldos elevados que reciben sus empleados. En todo caso, la diócesis de Macau no tiene mayores penurias económicas e incluso puede subsidiar una serie de instituciones como orfanatos, casas de ejercicios espirituales, colegios y su propia universidad católica.

Hasta la victoria comunista en China, en 1949, había monjas carmelitas en el centro de Macau, pero se trasladaron a Canadá ante la incertidumbre del futuro, de tal manera que las trapenses son la única comunidad íntegramente contemplativa o monástica en la diócesis, y los trapenses de Lantao los únicos en la diócesis mucho más grande de Hong Kong. En este momento, no existe otro monasterio público en China comunista,

salvo la pequeña comunidad de hermanas benedictinas en Manchuria, venidas desde Corea hace unos diez años. Estas últimas esperaban encargarse de todo un hospital, pero han sido muy limitadas por el gobierno en sus actividades y su futuro es altamente incierto. Existen también algunos grupos trapenses, tanto de varones como de mujeres, fundados hace casi 20 años por algunos sobrevivientes del monasterio destruido por el ejército comunista en Yanyapín en el norte de China, pero se conoce poco de ellos. No pueden tener ninguna actividad abiertamente religiosa y es casi milagrosa su supervivencia, sólo posible por la astucia china.

En estas circunstancias, la presencia discreta de las dos casas trapenses cerca de Hong Kong recobra un significado que va más allá de su número y su tamaño más bien modestos. Puesto que las hermanas de Macau, desde su llegada hace un año, esperan todavía del gobierno local la autorización necesaria para comenzar la edificación de un monasterio permanente en una propiedad ofrecida por la diócesis, lejos de la ciudad. Podemos incluir esa intención en nuestra oración, para el bien de toda la Iglesia en China.

Al hablar con varias personas en Macau, descubrí que la ciudad es, para muchos, un vínculo con China continental más importante y más ágil, aunque menos conocido, que Hong Kong. La comunicación y los viajes de un territorio al otro son constantes, debido en parte a la gran cantidad de turistas chinos que cruzan la frontera con un visado de 24 horas o un fin de semana para jugar en los casinos. Aprovechan para invertir y cambiar fácilmente su dinero y comprar algunos productos internacionales. Además, es de suponer que parte de las ganancias recibidas por el gobierno de Macau vuelven a China en forma clandestina.

Hablé más detenidamente con el Padre Superior de la pequeña comunidad claretiana que vive en un departamento del barrio obrero de Macau. Es argentino, de la ciudad de Córdoba, aunque hace muchos años que vive fuera de América latina. Además de coordinar el trabajo pastoral en la ciudad, esta comunidad de tres o cuatro hermanos principalmente indios actúa como eje coordinador de las obras de la congregación en toda Asia, lo que se puede hacer hoy por medio del correo electrónico. Ha viajado mucho a China continental, hablando incluso en Beijing con las autoridades mayores de la Iglesia católica oficialmente aprobada por el gobierno. Me dijo que la casa editora de Biblias más grande en todo el mundo está ahora en la ciudad de Nanjín, sobre el Río Yangtze, en el medio de China continental. Varias ediciones latinoamericanas de la Biblia se imprimen allí por la sencilla razón de que ofrecen un precio muy ventajoso. El

gobierno chino no se opone, con tal de que se haga con su permiso.

#### 4. Taiwan

Para completar lo relativo a la vida monástica en China, habrá que terminar con una referencia breve a Taiwan, la antigua isla de Formosa, que recibió este último nombre de los primeros marineros portugueses del siglo XVII. Como es sabido, el gobierno nacionalista chino, al verse vencido por el ejército comunista en la guerra civil de 1945-1949, se refugió en Taiwán, tomando consigo todos los tesoros transportables del país y estableciéndose como gobierno –primero dictatorial y luego democrático– de un país culturalmente chino pero política y militarmente en abierta oposición a China continental, situación que rige todavía, aunque se comienzan a tender algunos puentes de mayor comunicación.

Se han realizado varias tentativas de fundaciones monásticas en Taiwan a partir del año 1930, pero en este momento parece que sólo hay dos monasterios relativamente pequeños de monjes: uno de benedictinos norteamericanos, el otro de trapenses chinos. Hasta hace poco había otros dos de hermanas venidas de Norteamérica y de Alemania, pero su dificultad para arraigarse en la isla puede haber venido de la pujanza del monacato budista, cuyas comunidades grandes y numerosas, masculinas y femeninas, han logrado combinar los aspectos contemplativo y caritativo típicos de lo mejor del budismo, con la sociedad moderna y tecnológica de Taiwán, de tal manera que la isla es ahora un centro internacional del monacato budista. En este contexto, la tradición benedictina está representada sólo por las dos pequeñas comunidades de monjes. La primera es el Priorato Wimmer, fundación de la Abadía de San Vicente en los EE.UU. Los monjes se dedican principalmente a la enseñanza en la universidad católica de Fu Jen, cerca de Taipeh, la capital.

La otra comunidad monástica cristiana es la trapense, con hermanos que llegaron al país en 1990, cuando la comunidad de Lantao estableció su fundación en Shuili, 200 kms. al sur de Taipeh. En realidad, se pensaba no tanto en una fundación sino en un refugio disponible para los hermanos de Lantao en el caso de que el gobierno comunista los echara de Hong Kong, lo que no ha sucedido todavía. Shuili se mantiene gracias a la fidelidad de su grupo de cuatro o cinco hermanos dependientes todavía de Lantao, monasterio donde terminé mi estadía de tres meses de convivencia con los hermanos y las hermanas de Corea, Indonesia y China.

La historia de Lantao se parece a la de Wegwán, en Corea del Sur, con la diferencia de haber sido fundado en 1928 desde China por monjes chinos, que vinieron de la primera abadía china de Yanyapín, destruída en 1948. La misma suerte la corrió su casa hija, conocida fuera de china por su nombre francés de *Liesse*, júbilo. Algunos pocos hermanos chinos de *Liesse*, encabezados por su sabio Prior titular, el P. Paulino Li, lograron librarse de la mano de los comunistas y se refugiaron en Hong Kong, donde un gobierno más benévolo les cedió un terreno escarpado sobre la entonces despoblada isla de Lantao.

El terreno no es fértil, pero la ubicación es una de las más hermosas en el mundo monástico, cien metros dan directamente sobre la bahía de Hong Kong, con un panorama que domina tanto el Océano Pacífico como las varias islas y el puerto de la ciudad, con su constante movimiento marítimo. Las luces de la gran ciudad brillan de noche al otro lado de la bahía. El monasterio, conocido ahora sólo con el nombre de su isla, fue erigido en abadía en 1999 y tiene ya su segundo abad chino, el P. Anastasio Li, que sucedió al primero, el P. Clemente Cong, ahora Prior conventual, los dos oriundos de la ciudad de Hong Kong. Toda la Liturgia está en chino mandarín y la comunidad se autoabastece principalmente por los productos de su gran tambo, finca cuyas vacas lecheras están en otra parte del territorio de Hong Kong.

El panorama general descrito en estas páginas ni siquiera comienza a hacer justicia a todos los sacrificios realizados en el establecimiento de cada una de las casas, dificultades enfrentadas y generalmente superadas por parte de los fundadores y de las primeras vocaciones autóctonas. Si hubiera una frase que resume dicho esfuerzo y la condición del monacato asiático inspirado por la *Regla* de San Benito, me parece que sería la referencia a la *Carta a los Romanos* en el cuarto grado de humildad (*RB* 7,39): *Seguros de la recompensa divina que esperan, prosiguen gozosos diciendo: "Pero en todo esto triunfamos por Aquel que nos amó"*. El triunfo llegará, sin lugar a dudas, cuando y como el Señor lo quiera.

*Monasterio Trapense Ntra. Sra. de los Ángeles*  
C. C. 34 – B7300WAA Azul,  
ARGENTINA